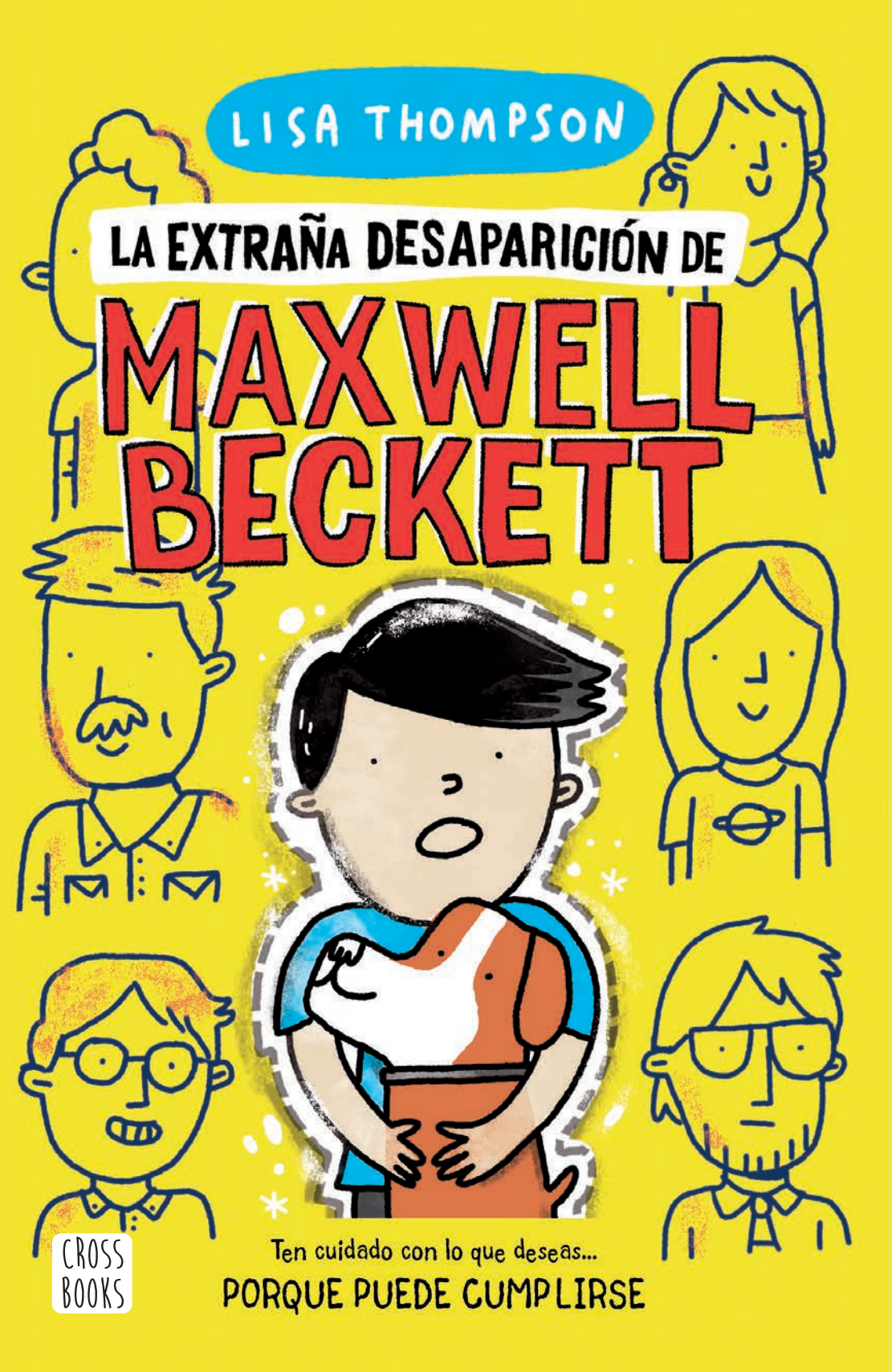
LISA THOMPSON

LA EXTRAÑA DESAPARICIÓN DE MAXWELL BECKETT



Ten cuidado con lo que deseas...
PORQUE PUEDE CUMPLIRSE

CROSS BOOKS

LISA THOMPSON

LA EXTRAÑA DESAPARICIÓN DE MAXWELL BECKETT

CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *The Day I Was Erased*
© del texto: Lisa Thompson, 2019
© de la traducción: Victoria Simó, 2021

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2021
ISBN: 978-84-08-23879-9
Depósito legal: B. 3.928-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
Cubos de basura

Que conste: mi perro *Monster* es el mejor del mundo.

Papá opina que debe de ser medio perro medio topo porque se le da de maravilla excavar túneles, sobre todo por debajo de la valla del jardín. Es redondo como una bola y me parece un milagro que no se quede atascado.

Una vez lo vi hacerlo. Se sentó en el parterre de las flores y clavó los ojos en los tablones de madera, calculando cómo abordarlos. A continuación empezó a excavar. La tierra salió volando por debajo de la cola en movimiento y luego empezó a arrastrarse en plan comando, con las patas traseras abiertas y pegadas al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Cuando se escapa, siempre acude al mismo sitio: al jardín delantero de la señora Banks. Se abalanza sobre sus cubos de basura, y después de volcarlos, arrambla con todo lo que encuentra como un enorme aspirador peludo. No exagero: con TODO. Hace un tiempo dejó unas bragas en la alfombra del salón. Mamá no sabía si lavarlas y devolvérselas a la señora Banks. Yo le señalé que si las había tirado a la basura, sería que ya no las quería, ¿no?

La señora Banks ha pillado a *Monster* hurgando en sus

cubos de basura tres veces esta semana. El otro día se plantó en la puerta de mi casa con mi perro debajo del brazo puesto de espaldas. *Monster* agitaba la cola en sentido circular, como hace cuando está contento, y ella tenía que apartar la cara para esquivar las sacudidas.

—Se da cuenta de que este animal está totalmente descontrolado, ¿verdad, señora Beckett? —rugió. Mamá estaba sofocada porque la visita de nuestra vecina la había pillado en mitad de una discusión con papá. *Monster* dejó de agitar la cola y empezó a retorcerse, pero cuanto más se retorcía, más lo estrujaba la señora Banks.

—Lo he pillado otra vez hurgando en mi basura. Y me ha dejado un «regalito» en el césped.

—¿Un regalito? —preguntó mamá, que ahora se frotaba la frente.

—Sí, señora Beckett. Sucio, apestoso y asqueroso. Esa clase de regalito.

Monster empezó a sacudir la cola otra vez, como si quisiera dejar claro de dónde procedía el «regalo». A mí se me escapó la risa y la señora Banks me lanzó una mirada asesina. El perro protestó cuando mi vecina lo apretó con más fuerza.

—¡No lo agarre así! —grité—. No le gusta. ¡Suéltelo ahora mismo, vieja... bruja!

—¡Maxwell! —se horrorizó mamá.

La señora Banks abrió tanto los ojos que temí que le saltaran de las órbitas.

—¿Va a permitir que su hijo... su niño me hable en esos términos?

Mamá me miró y abrió la boca para hablar, pero no llegó a decir nada. Creo que no se le ocurría qué responder. La cola de *Monster* ya no giraba y empezó a lloriquear. Yo me abalancé sobre la señora Banks para arrancarle el perro.

—¡Le está haciendo daño! ¡Suéltelo! ¡Suéltelo ahora mismo!

La señora Banks gritó.

—¿Cómo? ¡Déjame! ¡Aparta..., niño horrible!

—¡Maxwell! ¿Cómo se te ocurre? —gritó mamá, y tiró de mí hacia atrás agarrándome por el hombro. *Monster* cayó al suelo con un gañido. Se sacudió a toda prisa y se metió en casa como si nada.

—Lo siento muchísimo, señora Banks. Maxwell no suele comportarse así.

Mi vecina se retiró el flequillo de la cara.

—Lamento disentir, señora Beckett. Su hijo es un bruto y un gamberro. Lo sé yo, lo sabe el colegio y no me cabe duda de que usted también lo sabe. Le recomiendo que haga algo para controlar a su perro y a su hijo o tendré que acudir a la policía.

Dio media vuelta sobre los talones y se encaminó furiosa hacia el hueco de la valla donde antes estaba la verja. Mamá cerró la puerta de casa e inspiró hondo. Estaba a punto de echarme la bronca, lo sé, pero papá empezó a gritar desde la cocina:

—¡Amanda! ¿Has tocado mis macarrones con pollo? ¡No son tuyos, por mucho que hayas retirado la nota adhesiva!

Mamá apretó los dientes y salió disparada por el pasillo.

—¡No, Eddie! ¡No he tocado tu dichosa pasta!

Yo resoplé. Mis padres habían llegado a un acuerdo estúpido por el cual cada uno compraba su comida y luego la marcaba con notas adhesivas. Si sospechaban que el otro había cogido algo que no le pertenecía, montaban en cólera. Mi hermana, Bex, y yo no usábamos etiquetas; comíamos lo que cocinaban mis padres. Yo odiaba las notas adhesivas. Las odiaba casi tanto como a la señora Banks por hacerle daño a mi perro.

Mamá y papá tuvieron una pelea tremenda esa noche. Una de las peores. Yo intentaba dormir, pero los oía a través de la pared gritándose el uno al otro.

Me habría gustado colarme en el dormitorio de Bex y quedarme con ella hasta que todo terminase, como hacíamos de niños durante las tormentas. Por desgracia, ahora Bex ya no me deja entrar en su cuarto. Tiene quince años y es una repelente total. Incluso ha colgado un póster en la pared con los nombres de todos los reyes y reinas de Inglaterra. En serio, ¿a quién se le ocurre? ¿Por qué no cuelga carteles de grupos de música, estrellas de cine o algo más típico de las chicas de su edad? A pesar de todo, habría preferido estar en su habitación que a solas en la mía oyendo discutir a mis padres.

Mamá y papá se gritaron sobre *Monster* y la señora Banks, y luego pasaron a gritarse sobre mí. Se culpaban el uno al otro de los problemas que causo en el colegio. Yo me tapé los oídos con la almohada e intenté dormir hasta que finalmente, hacia la medianoche, oí el portazo de la puerta principal. Me senté y oí cómo papá arrancaba la furgoneta antes de acelerar calle abajo. Me relajé un poco. Mi padre da vueltas y vueltas con su furgoneta hasta que se tranquiliza y vuelve a casa cuando estamos dormidos.

Me tapé la cabeza con el edredón y me acurruqué en la cama. Si la señora Banks no se hubiera presentado en casa con *Monster* debajo del brazo, papá y mamá no se habrían peleado. Ella tenía la culpa de todo. Mientras me dormía, se me ocurrió la manera de vengarme de ella.

2
Flamenco

El flamenco rosa de la señora Banks me miraba raro. Su ojillo negro estaba clavado en mí cuando me acuclillé en una esquina del jardín.

Pasaba junto a la casa de mi vecina dos veces al día, al ir al colegio y al volver, y sabía que el gran flamenco de plástico había aparecido junto al estanque hacía cosa de un mes. Casi siempre veía a la señora Banks en el jardín, admirándolo o cambiándolo unos milímetros de posición. No me sorprendería nada que hablara con él. En fin, ese pajarraco tontorrón se iba a enterar.

Un arbusto de espinos que estaba a mi lado empezó a agitarse, y un hocico húmedo surgió de entre la maleza olisqueando el aire.

—*¡Monster!* ¿Cómo has conseguido escaparte otra vez? Agáchate. Te va a despellejar vivo si te pilla. Lo sabes, ¿no?

Monster me empujó con la cabeza y yo le rasqué el cuello. Meneaba el culo como un loco para agitar la cola, que giraba igual que una hélice.

Volví la vista al flamenco y agarré con más fuerza el trozo de ladrillo que había encontrado en el jardín trasero.

—¿A quién se le ocurre comprar algo tan feo, eh, *Mons-*

ter? Ese flamenco es la cosa más horrible que he visto en mi vida.

Mi perro me pegó un lametazo en el dorso de la mano y yo me limpié las babas en los pantalones del uniforme.

—En realidad, todo el jardín es horrible —dije—. ¡Míralo!

La señora Banks había plantado losas desde la cancela hasta la puerta principal, para que a ningún visitante se le ocurriera pisar su precioso césped. Y eso que nunca tenía visitas, que yo supiera. Nadie iba a casa de la señora Banks para tomar una taza de té o preguntarle cómo estaba. En cambio, mucha gente se paraba a mirar el jardín cuando pasaban por delante. No porque fuera bonito ni estuviera lleno de plantas tropicales ni nada parecido, sino porque era muy... *cursi*. Desperdigados entre las flores de vivos colores asomaba una familia de ardillas de cemento con sombrero de copa, siete duendes en distintas poses de gimnasia, un anciano con un enorme barrigón empujando una minúscula carretilla y un pozo de los deseos de plástico. El flamenco rosa era la última adquisición de mi vecina, y esa misma mañana, al salir hacia el colegio, la había visto frotarlo para retirarle una suciedad invisible. No tenía duda de que hoy por hoy el flamenco era su adorno favorito.

Sujeté el ladrilló con firmeza y miré hacia las ventanas del chalé de la señora Banks. Las persianas eran verticales, iguales que las de los pisos, y de un color horrible, verde sucio. Ahora mismo estaban bajadas.

—Muy bien. ¿Listo? —pregunté. *Monster* lanzó un gran suspiro y luego empezó a lamerse el trasero. Siempre lo hace cuando se aburre.

—Muy bien —dije a la vez que me incorporaba—. Tres, dos, uno...

Miré el ladrillo una última vez y luego apunté.

Bueno, lo que yo pretendía tuvo poco que ver con lo que

pasó en realidad. Yo tenía pensado derribar el ave y quizá hacer una muesca en su estúpida cabeza de plástico. Es posible que no parezca gran cosa, pero a la señora Banks le habría dado un ataque si hubiera encontrado su precioso flamenco nuevo caído sobre su perfecta alfombra de césped.

En realidad sucedió lo siguiente:

El trozo de ladrillo salió disparado e hizo un giro en el aire mientras volaba como el rayo hacia el ave color rosa beicon. Boquiabierto, esperé a que alcanzara su objetivo. Y lo alcanzó, ya lo creo que sí. No solo le dio de pleno, sino que le arrancó la cabeza con un tremendo ¡CRAC!

La cabeza de plástico dibujó un arco en el aire y fue a parar al felpudo de la señora Banks como un paquete entregado de mala manera. El cuerpo decapitado se quedó allí plantado, con las escuálidas patitas hundidas en la tierra.

—Glups —susurré. Retrocedí despacio hacia la valla. Las persianas empezaban a moverse—. Vamos, *Monster*. Será mejor que corramos —le dije.

Recuperé la mochila y salté la valla mientras mi perro intentaba escabullirse por un hueco minúsculo. Consiguió introducir el cuerpo, pero ahora tenía problemas para salir por el otro lado. Estaba atascado.

—¡Tira, *Monster*! —lo animé. Él seguía en el mismo sitio agitando la cola—. Tenemos que irnos.

Estaba a punto de volver a saltar la valla para empujarlo por detrás cuando pegó un último tirón y salió de golpe. Se sacudió y luego me miró como diciendo: «Vale. ¿Y ahora qué?».

Me eché a reír mientras corríamos. ¡Un flamenco decapitado! ¡En medio del jardín! La jugada no podría haber salido mejor. La señora Banks se pondría como un basilisco. Abriría la puerta principal, vería la cabeza en el felpudo y estallaría como un volcán en erupción. Doblamos la esquina y fuimos reduciendo el paso a medida que nos acercábamos a casa.

—Será mejor que intentemos pasar desapercibidos un tiempo por si sospecha. Se va a enfadar muchísimo —dije.

Enfilé el camino del jardín y, al entrar en el recibidor, tiré la mochila en la escalera y cerré la puerta de un puntapié. *Monster* correteó hasta la cocina para comprobar si había aparecido algo en su cuenco de comida.

—¿Mamá? La impresora se ha quedado sin tinta y tengo que imprimir un proyecto... Ah, eres tú.

Mi hermana, Bex, se asomó hacia el hueco de la escalera. Se cruzó de brazos.

—¿Te has peleado otra vez? Mamá se va a enfadar.

Me miré el uniforme del cole. Llevaba la camisa colgando por fuera de los pantalones y desgarrada allí donde me había enganchado con la verja de la señora Banks. Había tanto barro en mis zapatos que parecían marrones en lugar de negros, como exigía el reglamento, y llevaba la corbata enrollada en la muñeca izquierda. Odiaba llevar corbata. En conjunto, podía decirse que mi aspecto era bastante normal.

—Sabes que te van a castigar otra vez, ¿no? —me soltó Bex, que bajó la escalera con fuertes pisotones y me apartó de mala manera al pasar.

—No me he peleado —dije al mismo tiempo que la seguía a la cocina—. En realidad he estado muy ocupado dándole una lección a la señora Banks.

Sin hacerme ni caso, Bex se puso a rebuscar por los cajones de la cocina.

Mamá y papá estaban fuera, así que en mi casa reinaba el silencio por una vez. Abrí la nevera y resoplé con impaciencia cuando un montón de notas amarillas aletearon en el interior. Casi todos los alimentos y bebidas que había allí dentro llevaban pegado un papelito con un nombre escrito. En algunos ponía *Amanda* y en otros, *Eddie*. En una botella de vino blan-

co, una nota adhesiva indicaba: *Propiedad de Amanda. NO TOCAR BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA.*

Mis padres ya no compartían nada. Saqué una botella de Coca-Cola que no llevaba nota adhesiva, lo que significaba que Bex y yo podíamos cogerla.

—¿Por qué no compran otra nevera? Eso sería más cómodo que llenarlo todo de estúpidas etiquetas —dije a la vez que cerraba de un portazo.

—Maxwell, ¿por casualidad sabes dónde están los cartuchos de tinta para la impresora? Tengo que imprimir una cosa urgente —me preguntó Bex mientras abría otro cajón.

Yo tomé un gran trago de refresco.

—¡Ah, sí! Yo sé por dónde andan —fue mi respuesta.

Mi hermana se volvió a mirarme.

—¡Genial! ¿Dónde?

Bebí otro trago, levanté la mano y entonces:

—¡BUUUURRRRP!

Eructé con toda la potencia de mi garganta. Bex resopló.

—Eres una persona repugnante. ¿Lo sabías, Maxwell Beckett?

Riendo a carcajadas, tomé una bolsa de patatas fritas del armario. Arranqué la notita amarilla que llevaba escrito el nombre de *Eddie* y la tiré a la basura. A papá no le importaría que me zampara sus patatas fritas; solo montaba en cólera cuando se las comía mamá. Me llevé un puñado a la boca mientras Bex hurgaba en el interior de un aparador.

—¿No tendrás alguno en tu habitación? —insistió—. Por favor, Maxwell. Quiero imprimir mi proyecto sobre el Imperio persa.

Ni siquiera sabía de qué me hablaba, pero sería algo que había hecho por gusto y no una tarea del cole. Como ya he dicho, mi hermana es un bicho raro.

Inclinando la cabeza a un lado y tocándome la barbilla

con un dedo, fingí meditar dónde podían estar los cartuchos de tinta.

—Deja que piense... Podrían estar en... hum... No. Ni idea. Lo siento —dije, y le enseñé las patatas fritas que llevaba en la boca, todas masticadas.

Bex gimió y dio media vuelta.

—¡Puaj!, eres tan asqueroso... —me soltó—. ¿Por qué tuviste que nacer siquiera?

Yo sonreí para mis adentros, estrujé la bolsa de patatas y la tiré a la basura.